

# ¿Alianzas estratégicas o confluencias ideológicas? Conservadores y nacionalistas en la Argentina de los años treinta

María Inés Tato\*

Los primeros nacionalistas salieron a la acción desde la redacción de *La Fronda*. Allí fueron convocados, y allí llegaron desde los puntos más diversos, para formar los cuadros iniciales de la vieja Liga Republicana. De los hombres de su generación, muy pocos comprendieron como el doctor Uriburu las nuevas ideas, y ninguno pudo prestarles, como él, el apoyo que *La Fronda* significó, en los difíciles comienzos, para sus solitarios defensores. Fue el suyo el único diario nacionalista durante largo tiempo.

(Roberto de Laferrère, en el primer aniversario de la muerte de Francisco Uriburu, *El Fortín*, julio de 1941)<sup>1</sup>

La asociación que establece el militante nacionalista Roberto de Laferrère en la cita precedente entre el diario *La Fronda* y su propio movimiento político data de la segunda presidencia del radical Hipólito Yrigoyen. Por entonces, ese diario representativo del conservadurismo —fundado y dirigido por Francisco Uriburu— auspició las actividades de los jóvenes nacionalistas que se iniciaban activamente en la política argentina y se sirvió de ellos en su campaña de agitación antigubernamental.

Indudablemente el diario y los nacionalistas no eran totalmente asimilables. Aunque ambos adscribían

\* Instituto de Historia  
Argentina y Americana  
Dr. Emilio Ravignani,  
Facultad de Filosofía y Letras,  
Universidad de Buenos Aires.  
✉ mitato@sion.com

<sup>1</sup> Citado en Carlos Iburguren (h.), *Roberto de Laferrère (periodismo-política-historia)*, Buenos Aires, Eudeba, 1970, p. 37.

al conglomerado de la derecha y en buena medida compartían una extracción social común, representaban tendencias diferenciadas en su ideología y en sus prácticas y estaban separados por una brecha generacional.<sup>2</sup> Sin embargo, al igual que en la Europa de entreguerras, en una coyuntura percibida como crítica, estas tendencias en apariencia antagónicas tendieron a confluir, a morigerar sus puntos de fricción y a instituir relaciones más o menos firmes.<sup>3</sup> Este trabajo se propone examinar la evolución de esa relación durante la administración de Agustín P. Justo (1932-1938) a fin de dilucidar los factores explicativos y los límites efectivos de esa convergencia y determinar si esa alianza constituyó meramente un acercamiento estratégico y circunstancial o implicó además coincidencias ideológicas más profundas.

## LOS ORÍGENES DE UN VÍNCULO AMBIGUO

El político y periodista Francisco Uriburu se embarcó en un combate sin tregua contra el radicalismo desde el momento mismo en que esta agrupación se hizo cargo del gobierno nacional en 1916.<sup>4</sup> Durante la gestión de Marcelo T. de Alvear (1922-1928) confió en la posibilidad de establecer un sistema republicano libre de las distorsiones que le habría infundido Hipólito Yrigoyen. A tal fin inició un acercamiento a la vertiente antipersonalista del radicalismo y colaboró con un gobierno al que lo unieron afinidades sociales y políticas, así como la decidida voluntad de extirpar del escenario electoral al yrigoyenismo y a las prácticas y valores que encarnaba. La confluencia con el antipersonalismo se prolongó en el respaldo a su fórmula presidencial en 1928, ante el temor al eventual retorno de Yrigoyen al poder.

El resultado adverso de las elecciones presidenciales de 1928 para su causa incrementó la combatividad de Francisco Uriburu y de su diario, que chocaron inicialmente con la apatía de la opinión pública y la inactividad de las fuerzas opositoras al oficialismo. *La Fronda* desempeñó en cambio su papel tradicional de sostén permanente de la causa antiyrigoyenista. Para el desenvolvimiento de la campaña contra el gobierno radical, reemprendida con el mismo vigor que en 1916, Uriburu cedió mayor espacio en su diario a un conjunto de jóvenes periodistas que en algunos casos se desempeñaban también en dos publicaciones representativas de las nuevas orientaciones de la derecha: *La Nueva República* y *Criterio*. Varios de estos redactores se habían sumado al diario de Uriburu a partir de 1926, cuando la dirección del mismo quedó a cargo de Justo Pallarés Acebal, y particularmente desde 1928. Ese fue el caso

<sup>2</sup> Acerca de la composición social de los nacionalistas, véase Sandra McGee Deutsch, *Las derechas: the extreme right in Argentina, Brazil, and Chile 1890-1939*, Stanford, Stanford University Press, 1999, pp. 203-204.

<sup>3</sup> Para una exploración del vínculo entre los conservadores y la extrema derecha en Europa durante la primera posguerra a través de diversos casos nacionales, véanse Martin Blinkhorn (ed.), *Fascist and Conservatives: the Radical Right and the Establishment in Twentieth-Century Europe*, Londres, Unwin Hyman, 1990; y *Fascism and the Right in Europe, 1919-1945*, Londres, Longman, 2000.

<sup>4</sup> Acerca de la trayectoria política de Uriburu y de sus diarios, consúltese María Inés Tato, *Viento de Fronda. liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2004.

de Rodolfo Irazusta, Ernesto Palacio, Juan E. Carulla y Lisardo Zía. Otros periodistas, que también compartían el credo ideológico de los ya mencionados, venían desempeñándose desde mucho tiempo antes en la hoja de Uriburu, como era el caso de Roberto de Laferrère y de Delfín Ignacio Medina. En última instancia, la radicalización del discurso de *La Fronda* se debió menos a las nuevas incorporaciones al plantel que a la disposición de Uriburu a emplear todos los recursos a su alcance para atacar a su sempiterno enemigo, el yrigoyenismo. En consecuencia, el propietario de *La Fronda* priorizó los beneficios que podían reportar a su campaña antigubernamental los aportes de esta nueva generación, aun cuando lo separaran de ella divergencias ideológicas nada menores.

A partir de mediados de 1929, cuando Francisco Uriburu reinició sus prolongadas estadias en Europa, el desarrollo de la actividad opositora de *La Fronda* quedó en manos de los jóvenes nacionalistas. Estos no se limitaron a difundir desde esta tribuna los denuestos antidemocráticos propios de la tradición maurrasiana, sino que también se abocaron a la creación, a fines de setiembre, de una entidad destinada a combatir en las calles al yrigoyenismo: la Liga Republicana (LR), que mantuvo una estrecha vinculación con *La Fronda*. Prácticamente todo el plantel del periódico revistó en sus filas<sup>5</sup>, su cuartel general se localizó en las mismas oficinas del diario y Uriburu financió sus actividades.<sup>6</sup> Sin embargo, el fundador de *La Fronda* no compartía el trasfondo ideológico de la organización. Esta se había organizado para combatir al «Klan radical» —una organización de militantes de la Unión Cívica Radical (UCR) que actuó como grupo de choque al servicio del gobierno— con sus mismos métodos, en la convicción de que la lucha partidaria y parlamentaria eran mecanismos obsoletos e inoperantes. En ello incidían el antiparlamentarismo y la oposición al sistema democrático de partidos característicos de la extrema derecha europea. Uriburu, en cambio, asignaba a la LR el papel de complemento —y no de reemplazo— de las tareas de oposición de los partidos. Sin embargo, las posibilidades de reclutar adeptos para la LR entre las diversas fuerzas opositoras se vieron dificultadas por el ideario antidemocrático de los liguistas, que entraba en colisión con los sectores que confiaban en la estrategia de combatir al radicalismo desde una perspectiva institucional.

No obstante, los alcances de su postura antisistema eran por entonces bastante limitados. A pesar de su proclamado desapego por los procedimientos electorales, los nacionalistas de *La Fronda* debatieron intensamente la modalidad que debía asumir su participación en las elecciones legislativas de marzo de 1930. En tanto el grueso de la LR se inclinó por respaldar en las urnas a los candidatos de las principales fuerzas opositoras en cada distrito, dada la carencia de un frente o coalición homogéneo en el nivel nacional, Rodolfo Irazusta pretendió crear una lista mixta constituida por Manuel Carlés (presidente de la Liga Patriótica Argentina), el poeta Leopoldo Lugones, algunos socialistas independientes y miembros de la LR; al ser derrotada su moción, renunció a la entidad.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Integraron la Liga Republicana los siguientes colaboradores de *La Fronda*: Héctor Bustamante, Juan E. Carulla, Roberto de Laferrère, Rodolfo Irazusta, Ernesto Lombardi, Delfín Ignacio Medina, Pedro E. Meitin, Carlos Monla Valdez, Eduardo Muñoz (h.), Ernesto Palacio, Justo Paillares Acebal, Luis León Uberman, Lisardo Zía.

<sup>6</sup> Juan E. Carulla, *Al filo del medio siglo*, Buenos Aires, Huemul, 1964, p. 254.

<sup>7</sup> Julio Irazusta, *Memorias (historia de un historiador a la fuerza)*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975, p. 190.

De todos modos, pronto se hizo evidente la inviabilidad de esos procedimientos. En los comicios el yrigoyenismo se impuso en términos globales pero se redujo el margen de diferencia frente a las fuerzas opositoras. Sin embargo, la escasa proyección inmediata de esos resultados sobre la dinámica política concreta alentó otra solución política alternativa al crecimiento electoral gradual de la oposición.

En julio de 1930 Francisco Urriburu se involucró en una conspiración antiyrigoyenista de manera indirecta, a través de su diario. Empezó un largo viaje a Europa, delegó en su plantel de redactores la campaña propagandística en pos del derrocamiento de Yrigoyen y renovó su exhortación a las organizaciones de la derecha a amalgamarse a fin de presentar una alternativa coherente al radicalismo. Aun cuando avizoraba un golpe de Estado, Francisco Urriburu seguía pensando en una escena política en la que los partidos tenían un reconocido protagonismo. Esta perspectiva de la situación parecía distanciada de dos de las corrientes conspirativas que por entonces estaban operando: la que tenía por eje al vicepresidente Enrique Martínez, que buscaba la renuncia de Yrigoyen para efectuar la sucesión constitucional, y la que giraba en torno de su primo, el general Urriburu, cuyo plan revolucionario pretendía prescindir de la colaboración civil.<sup>8</sup> En cambio, parecía más cercana a la conspiración que tramaba el general Agustín P. Justo en connivencia con los partidos políticos opositores y con el diario *Crítica*.<sup>9</sup>

Los nacionalistas de *La Fronda* tuvieron una intensa actuación en el golpe de Estado que el 6 de setiembre de 1930 puso fin a la segunda presidencia de Yrigoyen, tanto en lo que respecta a la exhortación pública a la revolución como a la acción directa a través de la LR o de la Legión de Mayo (LM).<sup>10</sup> El objetivo inmediato de Francisco Urriburu y de los nacionalistas había sido alcanzado. Quedaba pendiente redefinir el funcionamiento de la política una vez suprimido el radicalismo.

## LA REVOLUCIÓN ANUNCIADA

Durante la efímera experiencia militar que siguió al golpe, *La Fronda* se convirtió en el defensor a ultranza del gobierno revolucionario. El diario comenzó a apartarse del liberalismo avalando las constantes violaciones de las garantías constitucionales efectuadas

<sup>8</sup> Juan V. Orona, *La revolución del 6 de setiembre*, Buenos Aires, s/e., 1966, pp. 31-32, 44-58; Adolfo A. Amaya, *Seis de setiembre de 1930: ensayo histórico, político y jurídico*, Buenos Aires, Baudino, 1993, p. 117.

<sup>9</sup> Acerca de este vespertino y de su participación en el golpe de Estado del 6 de setiembre de 1930, véase Sylvia Saïtta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década del '20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

<sup>10</sup> La LM había surgido el 25 de agosto de 1930 bajo la dirección de Alberto Viñas —diputado conservador y ocasional colaborador de *La Fronda*— por iniciativa directa del general Urriburu, a quien se hallaba subordinada en última instancia. Aunque algunos frondistas, como Héctor Bustamante, Juan E. Carulla, Eduardo Muñiz y Roberto de Laferrère se contaron inicialmente en las filas de la LM (Julio A. Quesada, *Orígenes de la revolución del 6 de setiembre de 1930*, Buenos Aires, Librería Anaconda, 1930, p. 81), *La Fronda* no tuvo con ella el mismo vínculo estrecho que con la LR. De hecho, tras el golpe de Estado ensalzó particularmente la acción de la LR en la preparación del clima previo («La Liga Republicana», *La Fronda* —en adelante LF—, 9/9/30), pero no hizo alusión alguna a la LM.

por el gobierno y la postergación indefinida de la vuelta a la normalidad institucional. De hecho, exhibió las mismas indefiniciones que el régimen uriburista acerca del proyecto político a implantar tras el derrocamiento de Yrigoyen.<sup>11</sup> Ambos estaban convencidos de la necesidad de suplantarse la ley Sáenz Peña por algún sistema alternativo de representación que evitara la reedición de la democracia yrigoyenista. Pero los mecanismos concretos para alcanzar ese fin fueron difusos; como mucho, pretendieron ser la antítesis absoluta de la ley Sáenz Peña (voto voluntario, público y calificado por criterios de educación o morales; escrutinio descentralizado; exigencia de certificados de vecindad y de buena conducta para emitir el sufragio).<sup>12</sup>

La propuesta de una organización política corporativa formalizada por el general Uriburu en su manifiesto del 1º de octubre de 1930<sup>13</sup> contó con el tibio apoyo de *La Fronda*, pero ese sistema, vagamente postulado desde el gobierno, no había surgido con anterioridad desde el diario, que tampoco lo defendió con demasiado ardor hasta la crisis abierta tras la derrota del oficialismo en las elecciones bonaerenses del 5 de abril de 1931.<sup>14</sup> Por entonces *La Fronda* insistió en reflotar la propuesta corporativa y la reforma de la Constitución auspiciadas previamente por el general Uriburu, al tiempo que instó al gobierno a perpetuarse en el poder hasta operar la transformación drástica de las instituciones, condición previa a cualquier retorno a la vía electoral. Postuló la alianza —ya propiciada por Lugones en *La patria fuerte* y en *La grande Argentina*— entre «la fuerza» y «la inteligencia», entre el ejército y los intelectuales nacionalistas,<sup>15</sup> y llamó a

formar una liga de patriotas armados, una santa hermandad de gente decente, dispuesta a contener por los medios que correspondan el arrollador avance de la horda de forajidos [...] ¡palos, sí; votos, no!<sup>16</sup>

Pocos días después fue legalizada la Legión Cívica Argentina (LCA), fuerza de choque al servicio del gobierno; sin embargo, por entonces *La Fronda* se mantuvo distante de esta organización, que trató de absorber a las agrupaciones nacionalistas existentes y generó la división de la LR.<sup>17</sup> Auspició, en cambio, a dos entidades que sucesivamente buscaron dar respaldo civil al gobierno para el rediseño institucional a la vez que actuaron como grupo de presión para evitar que perdiera su rumbo original. La primera de ellas fue Reacción Nacional; entre sus miembros se contaban varios

<sup>11</sup> Acerca de la vaguedad del proyecto institucional del uriburismo, cf. Fernando J. Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2002, cap. 5.

<sup>12</sup> «La ley electoral», *LF*, 3/6/31.

<sup>13</sup> Reproducido en *La palabra del General Uriburu*, Buenos Aires, Roldán Editor, 1933, pp. 21-25.

<sup>14</sup> En las elecciones provinciales celebradas en esa fecha se impuso el radicalismo, razón por la cual el gobierno decidió anular los comicios.

<sup>15</sup> L. Z., «Lo que la patria espera», *LF*, 21/4/31.

<sup>16</sup> «Ante los primeros cómputos», *LF*, 10/4/31.

<sup>17</sup> Carulla aceptó la fusión con esta entidad netamente oficialista, en tanto Roberto de Laferrère se opuso a ella reclamando autonomía organizativa (Carlos Ibaguren hijo, o. cit., pp. 54-55). Acerca de la LCA, véase Omar Cerdeira et al., *La Legión Cívica Argentina (1931-1932)*, Buenos Aires, CEAL, 1989.

colaboradores de *La Fronda*.<sup>18</sup> Apenas un mes después, el diario propició un nuevo movimiento de opinión, que buscaba unificar al nacionalismo y proponer una alternativa a la salida electoral: Acción Republicana. Su manifiesto, redactado por otro colaborador del diario, Leopoldo Lugones, contenía las habituales críticas a la partidocracia y proponía un conjunto minucioso de medidas económicas y sociales netamente nacionalistas.<sup>19</sup> Sin embargo, seguía ausente una propuesta institucional alternativa a la constitucional o a la borrosamente insinuada por el uriburismo.

A pesar de sus esfuerzos, los nacionalistas de *La Fronda* no pudieron lograr que Uriburu atendiera sus demandas y postergara el llamado a elecciones. Debieron resignarse a la reanudación de las luchas electorales sin el correlato de la modificación del sistema de representación, y, peor aun, a la candidatura presidencial del general Justo. Francisco Uriburu regresó de Europa precisamente durante la fase de los aprestos comiciales y puso a su diario al servicio de una discreta propaganda a favor de la candidatura Agustín P. Justo-Julio A. Roca (h.). Para sus colaboradores nacionalistas, manifiestamente la revolución había fracasado al no poder reformar el sistema político. Uriburu no compartía ese diagnóstico. Su evaluación del régimen de setiembre mostraba los límites de su confluencia circunstancial con otros actores de la revolución. En tanto las expectativas del nacionalismo se habían centrado en cambios contundentes del ordenamiento político, Francisco Uriburu sólo había anhelado la liquidación del yrigoyenismo. Aunque la revolución no lo había logrado plenamente, la reinstauración del fraude era a sus ojos un sustituto igualmente eficaz, que de hecho le granjeó una banca de diputado nacional por el Partido Conservador bonaerense, que usufructuó durante toda la gestión de Justo.

## LOS PORQUÉS DE LA CONTINUIDAD

El desencanto de los nacionalistas con la fugaz experiencia uriburista encontró manifestaciones tempranas en algunos colaboradores de *La Fronda*, que pronto se desvincularon del diario, como Rodolfo Irazusta y Ernesto Palacio, abiertamente críticos del general Uriburu desde la dirección de la tercera época de *La Nueva República*.<sup>20</sup> Ambos recorrerían durante la década del treinta el impensado camino de la rehabilitación de Yrigoyen, al que previamente habían denostado implacablemente.<sup>21</sup>

<sup>18</sup> Justo Pallarés Acebal, Ernesto Palacio, Lisardo Zía, Luis León Uberman, Ernesto Lombardi, Marcelo de Laferrère, Arturo Stantero, Carlos Monla Valdez, Marcelino Fidalgo y Alejandro Hevia («Reacción Nacional», *LF*, 9, 10 y 12/6/31).

<sup>19</sup> «El problema político argentino. La Acción Republicana ofrece soluciones patrióticas de índole política y económica. El peligro de los partidos demagógicos», *LF*, 16/7/31. La única propuesta política consistía en la separación del padrón militar y del padrón cívico, asimilados a partir de la ley Sáenz Peña. Entre los firmantes del manifiesto se contaban Leopoldo Lugones, Rodolfo y Julio Irazusta, Ernesto Palacio, Justo Pallarés Acebal, César Pico, Mario Lassaga y Lisardo Zía.

Acerca de esta iniciativa, véase Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, tomo I, pp. 274-275; Irazusta, o. cit., pp. 198-200.

<sup>20</sup> Devoto, o. cit., pp. 275-277.

<sup>21</sup> Alberto Spektorowski, *The origins of Argentina's revolution of the right*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 2003, pp. 108 y 157; McGee Deutsch, o. cit., pp. 206-207.

Otros, como Roberto de Laferrère, reconocerían su desilusión retrospectivamente, cuestionando la apertura del general a la influencia de los círculos conservadores y su renuencia a implementar cambios estructurales.<sup>22</sup> Sin embargo, en los inicios de la restauración conservadora demoraron en sumarse al éxodo nacionalista que comenzaba a abandonar *La Fronda*.

La permanencia de estos jóvenes en el diario, a pesar de sus hondas divergencias con Francisco Urriburu, encontró alicientes en la desconfianza común con respecto a las intenciones políticas del nuevo gobierno así como en la reactivación del radicalismo. Aunque el propietario de *La Fronda* había adherido por razones pragmáticas a la candidatura del general Justo, eran claramente perceptibles sus recelos frente al nuevo presidente, compartidos por los nacionalistas. Estos recelos se fundaban en la negativa de Justo a liderar un golpe de Estado preventivo en 1928 para evitar el retorno de Yrigoyen a la presidencia, en sus vínculos con algunos sectores de la UCR y en su apuesta al desgaste del gobierno provisional encabezado por el general Urriburu, a fin de potenciar su propia candidatura.<sup>23</sup> El diario consideró que «la falta de definición del gobierno es inquietante. Por una parte desdeña la cooperación de los elementos que lo han encumbrado; y por otra, se empeña en inclinarse, con morbosa insistencia, hacia quienes lo repudian categóricamente» (los radicales).<sup>24</sup> En el primer aniversario de la asunción de Justo, los artículos de *La Fronda* fueron sumamente escuetos y mesurados, y tendieron a centrarse más en recapitular la situación del país en vísperas del 6 de setiembre y, consecuentemente, en ensalzar la «magna obra de reconstrucción» del general Urriburu, que en analizar la labor de su sucesor.<sup>25</sup> A éste le recordaron su proclamada lealtad a la causa setembrina y lo exhortaron a continuar en todas las áreas de gobierno la senda abierta por Urriburu: «el gobierno debe ser fiel a sus orígenes. Tal es el único camino de su sólido mantenimiento, de su eficacia en la gestión pública que debe realizar y de su misma dignidad política».<sup>26</sup>

Por otra parte, la UCR, reorganizada bajo el liderazgo de Alvear, retomó las actividades conspirativas que había desplegado durante el gobierno militar. El descubrimiento del complot liderado por el teniente coronel Atilio Cattáneo, en diciembre de 1932, y del organizado por el teniente coronel Roberto Bosch, en 1933, condujo a numerosos dirigentes radicales a la prisión o al exilio. Pero también reavivó la convicción de que la principal tarea de la revolución de setiembre —la supresión definitiva del radicalismo— permanecía como una asignatura pendiente. *La Fronda* tuvo pruebas palpables de la resistencia del radicalismo a aceptar la extinción a la que pretendían condenarlo

<sup>22</sup> «Fuimos uriburistas en setiembre de 1930. No podemos seguir siéndolo en enero de 1941. [...] El gobierno de la revolución, con ser el mejor que hemos tenido en lo que va del siglo, fracasó, porque cambió de plan en el camino o, mejor dicho, porque renunció a todo plan, inmovilizado por la acción subterránea de sus enemigos, que no eran, por cierto, los muñecos políticos del Partido Radical, sino [...] hombres sonrientes y amistosos de la tendencia conservadora» (citado en Ibaguren (h.), o. cit., pp. 84-85).

<sup>23</sup> «Notas al margen», *LF*, 28/6/31; «La última carta», 14/7/31; «¡Cuidado con las ilusiones!», 15/7/31; «El pastel del negro», *LF*, 17/7/31.

<sup>24</sup> «Decreto antihistórico», *LF*, 6/8/32.

<sup>25</sup> «El aniversario de hoy», *LF*, 20/2/33. Ídem en «El aniversario» y «Hoy hace un año que el ilustre patriota se retiró del gobierno», 20/2/33, y en «Nueva apoteosis», 21/2/33.

<sup>26</sup> «Orientación política del gobierno», *LF*, 28/4/33.

sus adversarios. El 28 de febrero de 1932, tras el retorno de Yrigoyen de su prisión en la isla Martín García, tuvo lugar un tiroteo frente a sus oficinas, con un saldo de varios muertos y heridos. El incidente culminó en la detención de treinta y siete periodistas del diario o militantes de la LR, arrestados durante casi dos meses hasta que la justicia dispuso su sobreseimiento definitivo por constituir un caso de «legítima defensa»; sólo Francisco Uriburu quedó eximido de ese trance por su inmunidad parlamentaria.<sup>27</sup> Este episodio estimuló la desconfianza de los nacionalistas respecto del gobierno y nutrió los alegatos de resistencia heroica frente al enemigo radical y frente a la arbitrariedad del oficialismo, que campean en los testimonios y memorias de muchos militantes.<sup>28</sup>

La lucha contra el enemigo común —la incógnita gubernamental y el radicalismo— y la defensa de la reciente empresa compartida —«el mito de setiembre»—<sup>29</sup> facilitaron la continuación de la alianza entre los nacionalistas de *La Fronda* y el conservadurismo de su propietario, aun cuando ambos adoptaron estrategias diferentes: mientras que Uriburu se refugió en un distanciamiento prudente del gobierno, los nacionalistas de su diario, con Laferrère a la cabeza, optaron por participar en sucesivas y fracasadas conspiraciones militares que aspiraron a derrocar a Justo.<sup>30</sup>

Esta alianza se cimentó también en la coincidencia en torno de un proyecto político cultural fundado en la defensa de una identidad nacional considerada acechada desde varios flancos. A lo largo de la década de 1930, período de acentuada radicalización ideológica y política, particularmente expuesto a los acontecimientos europeos,<sup>31</sup> *La Fronda* se interesó por la defensa nacional y el fomento de la autarquía económica, por las expresiones artísticas consideradas representativas de la Argentina (entre las que por cierto no se contaba el tango) y por las polémicas en torno de la construcción del pasado nacional (con la contundente condena a la obra de Ricardo Rojas y con indiferencia frente al despuntar del revisionismo histórico). Su subtítulo mismo —«Queremos una Argentina gobernada por argentinos»— era indicativo de un nacionalismo a la defensiva, que lo condujo a profesar un activo anticomunismo. Como advierte Dolkart, este constituyó una verdadera obsesión en la década de 1930, que llevó a etiquetar como «comunista» a un variado abanico de adversarios y de enemigos políticos.<sup>32</sup> No es de extrañar que el diario de Uriburu asociara con la expansión local del comunismo soviético a su tradicional enemigo, el radicalismo, especialmente luego del *affaire* de la

<sup>27</sup> «*La Fronda* fue asaltada al terminar el mitin irigoyenista», «Puntos sobre íes», «La Liga Republicana» y «Los detenidos», *LF*, 29/2/32. Cf. esta versión con la sostenida por sus antagonistas, según la cual los simpatizantes radicales habrían atacado al diario sólo con piedras, para recibir como respuesta copiosos disparos de «carabinas, fusiles «Mauser» y «Winchester», pistolas y revólveres» (versión recogida por Elena Piñeiro en *La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión*; Buenos Aires, A-Z Editora, 1997, p. 103).

<sup>28</sup> Por ejemplo, en los trabajos de Carlos Ibarguren y de sus hijos Carlos y Federico.

<sup>29</sup> Ronald H. Dolkart, «La derecha durante la década infame», en David Rock *et al.*, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Ediciones B, 2001, p. 158.

<sup>30</sup> Carlos Ibarguren (h.), o. cit., pp. 67-68.

<sup>31</sup> Sobre el impacto de los acontecimientos y de las tendencias ideológicas internacionales sobre la vida política argentina durante ese período, véase Tulio Halperin Donghi en *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003.

<sup>32</sup> Dolkart, o. cit., pp. 169-170.

Luyamtorg, sociedad comercial acusada en 1931 de constituir un centro de propaganda soviética. La vinculación laboral con la empresa de Honorio Pueyrredón y Mario Guido —candidatos de la UCR a la gobernación bonaerense en las elecciones del 5 de abril— fue ampliamente utilizada por el diario para vincular al radicalismo con la expansión local del comunismo.<sup>33</sup> En términos de Lugones, largamente compartidos por *La Fron-da*, «El izquierdista es un liberal que se maneja con la utopía demagógica del sufragio universal».<sup>34</sup> Las demandas radicales de democratización, las iniciativas parlamentarias del Partido Socialista en pos del sufragio femenino y del divorcio, y la banca senatorial que obtuvo el socialista Alfredo Palacios en 1935,<sup>35</sup> fueron vistas como la antesala de la expansión del comunismo, infiltrado «en las escuelas y en los talleres, en las fábricas y en las reparticiones públicas, en los cuerpos militares y civiles, en los sindicatos obreros y en todas las federaciones».<sup>36</sup>

La reincidencia radical en la estrategia abstencionista y revolucionaria —tras el veto de la candidatura de Alvear para las elecciones presidenciales de 1932 por el gobierno de Uriburu— fomentó la exhortación a la acción de la juventud nacionalista y la exigencia al Estado de medidas represivas, entre las que se contaban disposiciones antiinmigratorias y anticomunistas.<sup>37</sup> El anticomunismo del diario comenzó a impregnarse, además, de ribetes antisemitas, bastante extendidos en la década de 1930.<sup>38</sup> En principio una reacción xenófoba asociada al diagnóstico de la crisis del proyecto de país vigente desde 1880, el antisemitismo de *La Fron-da* se transmutó, a medida que avanzó la década, en una visión conspirativa de la realidad centrada en el complot jude-marxista internacional,<sup>39</sup> como lo puso de manifiesto *El Kahal-Oro*, novela antisemita del escritor católico Hugo Wast, de la que el diario publicó varios fragmentos. La afirmación de la existencia de tal conspiración condujo a Uriburu y a *La Fron-da* a exaltar «la obra destructivoconstructora» del fascismo italiano y, en menor medida, del nazismo.<sup>40</sup> Otros aspectos de ambos fenómenos —especialmente del fascismo— también eran congeniales con el ideario de Uriburu y de los nacionalistas de *La Fron-da*: el nacionalismo, la aspiración a un gobierno fuerte, la crítica a la democracia y al liberalismo.<sup>41</sup> La fascinación por el fascismo estuvo muy extendida por entonces en todo el arco de la derecha argentina, como lo testimonia la admiración que despertó en un conservador de viejo cuño como Ezequiel Ramos Mexía.<sup>42</sup>

<sup>33</sup> «El binomio al servicio de los soviets», *LF*, 2/8/31. Acerca de las actividades de la Luyamtorg, Isidoro Gilbert, *El oro de Moscú*, Buenos Aires, Planeta, 1994, pp. 84-97.

<sup>34</sup> Citado en Carlos Ibarguren (h.), o. cit., p. 66.

<sup>35</sup> «La verdad en su sitio», *LF*, 5/4/35.

<sup>36</sup> «Prejuicios ideológicos», *LF*, 17/8/32; Alberto Viñas, «Barranca abajo», 18/7/32.

<sup>37</sup> En su carácter de diputado nacional, Francisco Uriburu suscribió un proyecto de ley de represión del comunismo, en sintonía con el formulado por Matías Sánchez Sorondo en el Senado en 1932 y en 1936 (*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, año 1936, tomo I, sesión del 10/6/36).

<sup>38</sup> Acerca de la centralidad del antisemitismo en esta etapa, Daniel Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003, cap. 6.

<sup>39</sup> «La patraña del antisemitismo», *LF*, 20/8/32.

<sup>40</sup> «Monopolios ilegales», *LF*, 8/4/33.

<sup>41</sup> «Reaccionarios y progresistas», *LF*, 13/9/32; «Escuela de civismo integral», 27/10/32; «La conciencia histórica», 26/6/34.

<sup>42</sup> Ezequiel Ramos Mexía, *Mis memorias, 1853-1935*, Buenos Aires, La Facultad, 1936, cap. XVIII.

Otro elemento que sirvió de amalgama a las dos tendencias que convivían en *La Fronda* fue la apelación al catolicismo. El diario se había caracterizado históricamente por una acendrada tradición laicista, abandonada durante el gobierno militar, cuando el periódico estuvo plenamente en manos de los nacionalistas. Si el retorno de Francisco Uriburu de Europa en vísperas de la renovación presidencial eliminó de su hoja los tonos más estridentes del discurso católico, este adquirió estabilidad, recayendo en niveles encomiásticos durante la celebración del Congreso Eucarístico Internacional en Buenos Aires, en setiembre de 1934.

Negando su misma tradición laicista, definió a la Argentina como una nación católica: «El pueblo argentino ha sido siempre esencialmente religioso. Tan religioso como militar. Fue fundado con la cruz y con la espada, y con uno y otro símbolo ha ido cumpliendo todas las etapas de su evolución cultural». <sup>43</sup> La afirmación de una unidad orgánica entre religión y patria se correspondía con un panorama político marcado por la simbiosis de las fuerzas armadas, la Iglesia y los nacionalistas. <sup>44</sup> El viraje de Uriburu hacia una, en ocasiones, desbordante devoción católica parece haber estado dictado por el redescubrimiento de la religión como recurso privilegiado para el mantenimiento del orden social, tal como lo postulaba el maurrasianismo; un orden social que, en el contexto de la Argentina de Justo, parecía doblemente amenazado por el radicalismo y por la izquierda. <sup>45</sup> En consonancia con esa mirada del momento político, *La Fronda* identificó al radicalismo con el *ateísmo marxista* y abogó por la búsqueda de correspondencia entre *el país real*, católico y antiyrigoyenista, que se habría expresado plenamente en la revolución de setiembre y en el Congreso Eucarístico, y *el país legal*, que paradójicamente se expresaba en las urnas en un sentido diametralmente opuesto. <sup>46</sup>

Por otra parte, el diario de Uriburu colaboró activamente en la difusión de las actividades desarrolladas por las agrupaciones nacionalistas. Anunció las reuniones y los mítines de las principales organizaciones y publicó sus declaraciones, discursos radiofónicos y manifiestos. Mientras que entre 1911 y 1928 Francisco Uriburu había bregado incansablemente por la fusión de las fuerzas conservadoras en un partido orgánico nacional, en los primeros años de la década de 1930 estimuló la unificación de las dispersas agrupaciones nacionalistas. Como recordó Federico Iburguren, las oficinas del diario fueron el escenario de periódicas e infructuosas reuniones en pos del escurridizo objetivo de la unidad de acción del nacionalismo. <sup>47</sup>

<sup>43</sup> «Intrigas despreciables», *LF*, 9/10/34. Ídem en «La conciencia nacional», *LF*, 22/6/34; «Conceptos de patria», 28/6/34; «Religión y nacionalismo», 24/11/34.

<sup>44</sup> Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

<sup>45</sup> «Defenderemos la religión del Estado, respetuosos de todas las creencias, pero combatiremos la prédica que busca arrancar de las masas populares la fe en un sobrenatural divino, para darles, en cambio, la impostura de un sobrenatural económico» («Palabras del Dr. Francisco Uriburu», *LF*, 9/7/32).

<sup>46</sup> «Por la verdad del sufragio», *LF*, 17/10/34.

<sup>47</sup> Federico Iburguren, *Orígenes del nacionalismo argentino, 1927-1937*, Buenos Aires, Celcius, 1969, pp. 106-109, 114, 147, 158, 168-169.

## DESLINDANDO POSICIONES

Sin embargo, el posicionamiento de Uriburu frente a algunas decisiones del gobierno de Justo entró en rápida colisión con las ideas nacionalistas. Esto se hizo evidente en su evaluación del Tratado Roca-Runciman, que buscó regular el comercio con Inglaterra a fin de atemperar el efecto sobre las exportaciones argentinas de la política comercial británica instaurada a partir de la Conferencia de Ottawa. Uriburu no dudó en calificar al pacto como «el más venerable de nuestros tratados internacionales».<sup>48</sup> Huelga reseñar aquí la oposición que esta medida despertó en los grupos nacionalistas, que por entonces exhibían un combativo antiimperialismo y una briosa oposición al liberalismo económico. Basta repasar sus declaraciones —como el manifiesto de la LR, del 22 de mayo de 1933—<sup>49</sup> o sus reflexiones más sistemáticas —como *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Irazusta— para comprobar el hiato existente entre las posiciones de Uriburu y las del nacionalismo.

Otro indicio de sus diferencias lo proporcionan los comentarios del diario respecto de la refriega con militantes radicales que ocurrió frente a su local el 25 de mayo de 1933; este enfrentamiento concluyó con la muerte de un niño, ampliamente explotada por *Crítica*, el principal contendiente periodístico de *La Fronda* por esos años. Aunque el diario de Uriburu resaltó el móvil defensivo de los nacionalistas de la LR involucrados en el incidente, se desligó totalmente del mismo.<sup>50</sup> Asimismo, pasó a elogiar y a dar cobertura —menguante con el avance del tiempo— a las actividades de la LCA y de ANA/ADUNA,<sup>51</sup> entidades acusadas por la LR de «conciliar con la modalidad oficialista», esto es, de colocarse bajo la órbita del gobierno de Justo.<sup>52</sup> El distanciamiento ideológico y político de Francisco Uriburu y la LR adquirió concreción material en diciembre de ese mismo año: la LR trasladó su sede desde las oficinas del diario en la calle Florida, donde había visto la luz, a un nuevo local en la avenida Quintana,<sup>53</sup> desvinculándose de su antiguo mentor, aun cuando algunos de sus miembros, como Lisardo Zía y Lugones, continuaron vinculados laboralmente a *La Fronda*.

El alejamiento entre Uriburu y los nacionalistas se profundizó en marzo de 1935 en torno de la crisis interna del Partido Demócrata Nacional (PDN) bonaerense.<sup>54</sup> Por entonces el gobierno de la provincia estaba en manos de Federico Martínez de Hoz, una figura de bajo perfil del Partido Conservador cuya candidatura a la gobernación en

<sup>48</sup> «Roca», *LF*, 27/5/33.

<sup>49</sup> Reproducido en F. Ibarguren, o. cit., pp. 160-163.

<sup>50</sup> «El crimen», «*La Fronda* estaba cerrada» y «Ante la difamación», *LF*, 27/5/33.

<sup>51</sup> Acción Nacionalista Argentina, denominada luego Afirmación de una Nueva Argentina, había sido fundada por Juan P. Ramos en 1932.

<sup>52</sup> F. Ibarguren, o. cit., p. 204. Según Zuleta Álvarez (o. cit., p. 283), Justo «ejercía un contralor sutil» de estas organizaciones nacionalistas, desviándolas hacia el combate contra el comunismo en pos de aplacar su lucha contra el oficialismo.

<sup>53</sup> F. Ibarguren, o. cit., p. 206.

<sup>54</sup> El PDN se formó en 1931 a partir de la unión de diversos partidos provinciales, el principal de los cuales era el Partido Conservador bonaerense; radicales antipersonalistas y socialistas independientes se asociaron al PDN y dieron origen a la Concordancia, coalición representativa del oficialismo justista.

1931 había contado con el aval de Justo, que quería evitar la consolidación de un liderazgo político fuerte en la provincia. Martínez de Hoz recibió el apoyo de Matías Sánchez Sorondo —ex ministro del Interior durante la gestión de Uriburu— y del caudillo Alberto Barceló, así como el activo respaldo de agrupaciones nacionalistas como la ANA. En 1934, a raíz de la discusión del presupuesto en la Legislatura, el gobernador entró en conflicto con la cúpula del PDN provincial. A fin de zanjar un eventual cisma, esta impuso a Rodolfo Moreno como ministro de Gobierno, respaldado por Justo en su afán de mantener bajo control la interna del PDN bonaerense —columna vertebral de la Concordancia— y de limitar las esferas de influencia de los nacionalistas. No obstante las intenciones de esa designación, el resultado esperable fue una crisis de gabinete. El 7 de febrero de 1935, Martínez de Hoz fue forzado a renunciar por la cúpula partidaria, provocando una fugaz intervención provincial que en menos de veinticuatro horas lo repuso en su cargo. La conflictividad facciosa continuó, por lo que el PDN y el gobierno nacional buscaron una conciliación, apoyada en la renuncia de Martínez de Hoz a su cargo y en la declinación por parte de Rodolfo Moreno de toda aspiración a la candidatura a gobernador para las elecciones de 1936. La fórmula de consenso para ese cargo favoreció a Manuel Fresco y Aurelio Amoedo. Aunque Martínez de Hoz aceptó inicialmente esta solución transaccional, luego se resistió a renunciar y rediseñó su gabinete con la incorporación de tres ministros ligados al nacionalismo. Con ello motivó su juicio político, que finalmente culminó en su renuncia en marzo de 1935.<sup>55</sup>

Recapitulando el conflicto y fijando su posición frente a los hechos, Francisco Uriburu recordó que desde sus inicios apoyó al gobierno de Martínez de Hoz y que condenó la maniobra del 7 de febrero que pretendió privarlo de su cargo, a la que consideró «un bochorno para las instituciones y una página triste en la civilización política argentina». Se proclamó no dispuesto a «declinar nuestro juicio sobre la actual organización del partido gobernante, ni silenciar reparos contra influencias dirigentes que conceptuamos nocivas para la agrupación». Sin embargo, a su criterio el gobernador no estaba sirviendo la causa de la revolución de setiembre en cuyo nombre decía actuar sino que, por el contrario, estaba facilitando el retorno del radicalismo.

En momentos en los que debió pronunciarse por una de las orientaciones en pugna dentro del partido —la de Martínez de Hoz y Sánchez Sorondo, respaldada por las agrupaciones nacionalistas, y la facción oficial del Partido Conservador—, el propietario de *La Fronda* expresó su alineamiento con esta última:

ese partido, con sus errores y sus aciertos, fue el de nuestras horas juveniles, y ahora, ya encanecidos y siempre fieles a su bandera, apartamos el recuerdo de los agravios e injusticias de una larga travesía para no abandonarle en el momento difícil, sirviéndole, por el contrario, con idéntica fe e idéntico patriótico desinterés. No podemos acompañar al gobernador de Buenos Aires en su nueva política.<sup>56</sup>

<sup>55</sup> Para un relato más minucioso de esta crisis, véase Richard J. Walter, *La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943*, Buenos Aires, Emecé, 1987, cap. 8.

<sup>56</sup> «Buenos Aires», *LF*, 9/3/35. Al día siguiente, el diario reprodujo íntegramente el manifiesto del PDN al pueblo de la provincia, que puntualizaba las causas del conflicto entre el gobernador y el partido.

En el marco del levantamiento de la abstención por parte de la UCR,<sup>57</sup> Uriburu conceptuó indispensable consolidar la unidad de su partido y cerrar filas con el gobierno nacional, poniendo fin de hecho a la alianza forjada en las postrimerías de la segunda presidencia de Yrigoyen con los representantes del nacionalismo.

Aunque Uriburu se abstuvo de polemizar con sus antiguos discípulos, no renunció a apelar a las divididas huestes del nacionalismo para propiciar sus propias causas políticas. Por ejemplo, en vísperas de las elecciones legislativas que le depararían un segundo mandato consecutivo como diputado, en 1934, intentó persuadirlas para que no votaran en blanco como forma de canalizar su repudio por los procedimientos electorales propios de la democracia liberal, refutando sus principales argumentos.<sup>58</sup>

Uriburu renovó la exhortación a la confluencia entre nacionalistas y conservadores en 1936, en ocasión de la tentativa de formación de un frente popular que integrara a radicales, socialistas, comunistas y demócratoprogresistas para enfrentar a la Concordancia en las elecciones presidenciales del año siguiente. A pesar de subestimar la fuerza política de ese embrión de frente popular,<sup>59</sup> *La Fronda* instó con vehemencia a la creación de un frente nacional que lo neutralizara, compuesto por

los partidos políticos de orden y cualesquiera que sean las diversificaciones de su ideología. Un frente nacional cuya vanguardia de lucha esté compuesta por los bravos mozos de las agrupaciones nacionalistas [...] que agrupe a las fuerzas sociales del trabajo [...] el ejército y la marina de la República [...] conjuntamente con los núcleos religiosos,

que oficiara de «muralla defensiva contra los desbordes demagógicos».<sup>60</sup> La empresa de sumar apoyos para esta iniciativa —a cargo de Federico Pinedo, ministro de Hacienda de Justo—<sup>61</sup> concitó la adhesión del PDN y de una fracción nacionalista cercana a Carulla. Aunque *La Fronda* adjudicó esa adhesión a la totalidad del nacionalismo,<sup>62</sup> el respaldo de ese sector de la derecha fue mínimo. En ese sentido, primó el rechazo a incorporarse a esa iniciativa conservadora, como lo puso en evidencia el manifiesto firmado por Laferrère:

El nacionalismo argentino rechaza la idea de cualquier vinculación con el «Frente Nacional», cuya novedad, por lo demás, sólo consiste en el nombre. [...] Es un empeño más de prolongar la triste historia de los viejos partidos en derrota, cuya misión en la política argentina ha consistido desde hace treinta años en engendrar, estimular y aun resucitar [...] aquello mismo que se propusieron combatir: el radicalismo del señor Yrigoyen y de sus continuadores.<sup>63</sup>

<sup>57</sup> Acerca de las motivaciones de esta medida, decretada el 3 de enero de 1935 por la convención nacional de la UCR, véase Tulio Halperin Donghi, *La república imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004, pp. 109-118.

<sup>58</sup> «El voto en blanco», *LF*, 2/3/34.

<sup>59</sup> «Cálculos falsos», *LF*, 3/5/36.

<sup>60</sup> «Contra el frente popular: el frente nacional», *LF*, 4/5/36; «El frente nacional», 5/5/36.

<sup>61</sup> Federico Pinedo, *En tiempos de la república*, Buenos Aires, Mundo Forense, 1946, tomo I, p. 184.

<sup>62</sup> «Se realizó la anunciada asamblea del nacionalismo, donde se fijó su posición ante la situación nacional», *LF*, 9/6/36.

<sup>63</sup> Manifiesto del 3/6/36, citado en F. Ibaguren, o. cit., p. 352.

## EL RETORNO A LAS FUENTES

A partir de 1935, el diario de Uriburu se inclinó sin ambages hacia el campo conservador y rompió amarras con sus incómodos aliados. El levantamiento de la abstención por la UCR y la consagración como gobernador cordobés del radical Amadeo Sabattini (a quien el diario le atribuyó una ideología «roja soviética»),<sup>64</sup> seguida por triunfos de sus correligionarios en Santa Fe, Entre Ríos y Tucumán, impulsaron al gobierno de Justo a tolerar y aun a incentivar cualquier medida destinada a impedir el retorno del radicalismo al poder.<sup>65</sup> La certidumbre de que Justo combatiría decididamente el resurgimiento radical, que obtuvo de su pasividad ante el fraude que entregó a Fresco el control de la provincia, convenció a Francisco Uriburu de la necesidad de alinearse tras la Concordancia. Ello explica también el cambio en su apreciación de la gestión del justismo: desde la cautela y el escepticismo de su primer aniversario, el balance desembocó en un panegírico del presidente, de quien elogió especialmente su «concepto experimental y práctico» de la política, distante de los «extremismos dogmáticos».<sup>66</sup> El apóstata de la revolución uriburista que había vislumbrado en sus primeros días de gobierno se transfiguró en su fiel heredero y continuador.<sup>67</sup> La apelación a la «gesta» setembrina revelaba que el clivaje de la política argentina continuaba siendo el que separaba al radicalismo de sus enconados adversarios. Las tentativas de Uriburu y de Justo de desactivar la *cuestión radical* habían demostrado su ineficacia, por lo que el dilema de las fuerzas conservadoras seguía en pie.

El propietario de *La Fronda* fue, en consecuencia, un entusiasta defensor del fraude practicado por el oficialismo para negarle al radicalismo las posiciones que le deparaba el mantenimiento de la política electoral.<sup>68</sup> De ahí su respaldo sin concesiones al gobernador Fresco, cuya desinhibición para proclamar las virtudes de las prácticas fraudulentas fue señalada por Uriburu como prueba indiscutible de una saludable sinceridad política.<sup>69</sup> Uriburu no se quedó a la zaga. Al celebrarse las elecciones presidenciales de 1937 y ante las previsiones de las agrupaciones opositoras de un extendido fraude, *La Fronda* recalcó lo que estaba en juego en los comicios: nada menos que «salvar a la república de un retroceso infamante, cueste lo que cueste y opóngase quien se oponga».<sup>70</sup> Mientras que la fórmula de la Concordancia Roberto M. Ortiz-Ramón Castillo encarnaba la continuidad de la empresa setembrina,<sup>71</sup> el binomio radical «Alvear-Moscú» (como dio en llamar a la fórmula radical Marcelo T. de Alvear-Enrique Mosca) representaba la reiteración de la nefasta gestión yrigoyenista y el avance de las fuerzas de la izquierda internacional.<sup>72</sup> Relativizó las denuncias de fraude efectuadas por la oposición,

<sup>64</sup> «El programa de la horda», LF, 10/11/35.

<sup>65</sup> Halperin Donghi, *La república imposible...*, o. cit., pp. 164-174.

<sup>66</sup> «Cuatro años de gobierno», LF, 20/2/36.

<sup>67</sup> «6 de setiembre de 1934», LF, 6/9/34.

<sup>68</sup> «No volverán», LF, 8/6/35.

<sup>69</sup> «El verdadero lenguaje», LF, 30/4/36.

<sup>70</sup> «Por la civilización nacional», LF, 5/9/37.

<sup>71</sup> «La proclamación de esta noche», LF, 6/7/37.

<sup>72</sup> «La fórmula Alvear-Mosca y el comunismo», LF, 28/8/37; «Peludismo moscovita», 30/8/37; «Un discurso más», 1/9/37.

al mismo tiempo que recurrió a una argumentación similar a la empleada años atrás para justificar el golpe de Estado que derrocó a Yrigoyen.<sup>73</sup>

no son las elecciones irreprochables desde el punto de vista de los formalismos legales las que garantizan la felicidad y el progreso de una nación. Una y otra cosa se consiguen con los buenos gobiernos, con estadistas capaces y avezados, aunque los comicios de donde hayan surgido no hayan tenido la virtud de satisfacer a todo el mundo.<sup>74</sup>

Ante la esperanza del candidato radical de remontar pese a todo los obstáculos interpuestos a su ascenso por la ingeniería del fraude, *La Frontera* ironizó, segura de la inexactitud de esas expectativas: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos, pero no el gobierno de la República».<sup>75</sup>

Sin embargo, Francisco Uriburu aspiró a dejar de lado los mecanismos fraudulentos, a abandonar la «república imposible», no para dar vida nuevamente a la república democrática con la que soñó en 1911 sino para retornar a los viejos tiempos de la república oligárquica. Para ello volvió a proponer la eliminación de la ley Sáenz Peña, «conjunto de principios aceptables sólo en teoría, pero funestos en grado sumo a la luz de una experiencia definitiva».<sup>76</sup> Implementada de buena fe como un experimento político, como un ensayo perfectible, los resultados que produjo convertirían a su propio autor en el primer enemigo de esa ley, cuya «crisis mortal» ameritaba su drástica revisión.<sup>77</sup> Sin embargo, el consenso político no acompañó la propuesta de Uriburu. El oficialismo persistió en mantener en vigencia la invocación a la voluntad popular, aun al precio de burlarla en la práctica, mientras que los nacionalistas rechazaron de plano la política electoral y partidocrática.

## REFLEXIONES FINALES

En coyunturas vividas como críticas por la derecha argentina —el retorno del yrigoyenismo al gobierno y los sucesivos experimentos políticos que buscaron erradicarlo— los nacionalistas de *La Frontera* y Francisco Uriburu establecieron una alianza en la que convergieron móviles de orden diverso.

En primer lugar, existieron confluencias ideológicas que explican ese acercamiento. Del lado de Uriburu, su frenético antiyrigoyenismo facilitó su derrape antidemocrático y su aquiescencia al discurso maurrasiano propalado por sus redactores. Del lado de estos operaron notables ambigüedades ideológicas frente al liberalismo, que actuaron como límites de su proyecto político.<sup>78</sup> Más allá del mantenimiento de una retórica en ocasiones antiliberal, los nacionalistas de *La Frontera* plantearon su oposición a Yrigoyen desde la perspectiva de la tradición liberal. Asimismo, reivindicaron al *régimen*

<sup>73</sup> «Hechos, sí; palabras, no», *LF*, 16/9/30.

<sup>74</sup> «Las elecciones y sus consecuencias», *LF*, 7/9/37.

<sup>75</sup> «Cuentas claras», *LF*, 8/9/37.

<sup>76</sup> «El voto público», *LF*, 31/8/37.

<sup>77</sup> «La crisis de una ley», *LF*, 9/9/37.

<sup>78</sup> El equívoco vínculo del nacionalismo y la tradición liberal ha sido abordado para un período más extenso en Devoto, o. cit.

—al que solo censuraron la apertura democrática— y no ofrecieron en principio una propuesta política alternativa a la provista por el liberalismo.

Sin embargo, a pesar de esta doble sintonía, también fueron perceptibles divergencias ideológicas entre el propietario del diario y su plantel de colaboradores. A pesar de abjurar de la democracia, Urriburu siguió considerando válidas algunas de sus convicciones ideológicas previas, como el parlamentarismo, la fe en el sistema de partidos y hasta el rol subordinado atribuido al ejército en la escena política. Si bien reconoció como imprescindible para derrocar al radicalismo el recurso al elemento militar, Francisco Urriburu no pareció conferirle el carácter medular en la escena política posrevolucionaria que sí le otorgaban los nacionalistas. Esto puede deducirse de su énfasis en la importancia de los civiles en el movimiento setembrino,<sup>79</sup> así como de su por demás indicativa ausencia del país durante el gobierno militar y su retorno una vez puesta en marcha la institucionalización.

En segundo lugar, indudablemente hubo consideraciones estratégicas que favorecieron la alianza. Para los nacionalistas, *La Fronda* sirvió como plataforma de lanzamiento a un segmento de la opinión pública diferente de aquél al que interpelaban desde *La Nueva República* y *Criterio*: un público lector de extracción liberal-conservadora, fuertemente antiyrigoyenista y laico. Para Francisco Urriburu, por su parte, los nacionalistas resultaron aliados muy útiles para la agitación, la conspiración y la nueva etapa en la que estaba en juego la definitiva eliminación del yrigoyenismo de la arena política. Su relación no dejó de tener una faceta instrumental, tendiente a subordinarlos a su estrategia de construir un escenario político libre de la participación del radicalismo, pero fundado en la política de partidos.

Los recelos generados por la trayectoria política de Justo y el resurgir de una levantisca UCR preservaron temporalmente ese vínculo. Sin embargo, una vez que el gobierno blanqueó su política hacia el radicalismo, dispuso las objeciones de Francisco Urriburu y por consiguiente lo condujo con firmeza al redil del oficialismo. La alianza con los nacionalistas se hizo innecesaria y embarazosa, y se vio complicada por una creciente incompatibilidad ideológica entre ambos. Desde el efímero gobierno uriburista, el nacionalismo fue definiendo más nítidamente su perfil ideológico, dejando afuera al liberalismo, la democracia y la política de partidos, aun cuando continuó siendo impreciso el bosquejo del sistema político sustitutivo del vigente y las acciones concretas para instaurar un nuevo orden. Como perspicazmente recordaría décadas después Marcelo Sánchez Sorondo (hijo del senador conservador y diligente militante nacionalista),

los nacionalistas de mi generación no teníamos ideas claras de la política como método para alcanzar el poder. Teníamos sí visión intelectual y pasión ideológica, que se traducían en reflexiones, pero carecíamos de una interpretación práctica de la política. Habíamos elaborado una ortodoxia doctrinaria, demasiado vehemente, que no se condescendía con las concesiones inevitables que reclaman los entendimientos propios del eventual ejercicio del poder. Los hombres del nacionalismo éramos intemperantes y refractarios a la coalición con otras figuras de la política.<sup>80</sup>

<sup>79</sup> Cf. Francisco Urriburu, «Mensaje», *LF*, 13/11/30, y «La ideología de la revolución», 14/11/30.

<sup>80</sup> Marcelo Sánchez Sorondo, *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 72-73.

La ortodoxia doctrinaria y la intransigencia política hacían inevitable la ruptura de los nacionalistas con las estrategias que Uriburu propiciaba dentro del marco del sistema de partidos. Los forzosos roces entre ambos, atemperados por el fragor de las luchas políticas durante más de un lustro, se hicieron entonces mucho más manifiestos.

Sin embargo, de esa contradictoria vinculación subsistió una herencia perdurable. Así como hasta los primeros años de la década de 1930 el nacionalismo argentino se desarrolló en el seno del horizonte ideológico del liberalismo para iniciar una gradual evolución hacia una definición política emancipada de esa tradición, algunos de sus valores nodales fueron permeando insensiblemente a otras expresiones del espectro político. En un clima de ideas signado por una creciente polarización ideológica y por el ascenso irrefrenable de los autoritarismos europeos que habría de desembocar en una nueva guerra, el anticomunismo, el antiliberalismo, el antisemitismo y el desapego por las instituciones democráticas —temas blandidos tradicionalmente por los nacionalistas— hallaron una acogida cada vez más favorable en amplios sectores del arco político. Aunque débiles organizativamente y formalmente rechazados por el conservadurismo, los nacionalistas ejercieron una influencia desproporcionada frente a su peso numérico y dejaron un rastro indeleble e insospechado en el imaginario de la sociedad argentina, como lo continuó evidenciando el discurso radicalizado de la misma hoja de Uriburu a lo largo de la década del treinta.

## Resumen

Este artículo aborda la vinculación establecida entre dos tendencias de la derecha — los conservadores y los nacionalistas— durante una coyuntura clave de la historia argentina: la crisis de 1930. A través del análisis del caso del diario conservador *La Frontera* y de la nacionalista Liga Republicana, se evalúan los factores que llevaron a la instauración de esa alianza y a su posterior disolución. En esa equívoca sociedad intervinieron decisivamente consideraciones estratégicas ante el enemigo común (el gobierno radical), pero también fueron centrales las convergencias ideológicas en ambas direcciones: inicialmente el peso de la tradición liberal y luego la creciente influencia del ideario nacionalista.

**Palabras clave:** Argentina, política, historia política.

## Abstract

This paper deals with the link between two tendencies of the right — conservatives and nationalists— during a key juncture of Argentinean history: the crisis of 1930. Through the analysis of the case of the conservative newspaper *La Frontera*, and the nationalist Liga Republicana (Republican League), it assesses the factors leading to that alliance's founding and later dissolution. In that ambiguous society, there were decisive strategic considerations in front of the common enemy (the Radical government), but ideological convergences in both directions were central too: initially, the importance of the liberal tradition, and later the increasing influence of nationalist ideas.

**Key words:** Argentina, politics, political history.

Copyright of Cuadernos del CLAEH is the property of Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.